

Gobiernos de izquierda en América Latina: tendencias y experiencias

Demetrio Boersner

A lo largo de un siglo la izquierda latinoamericana ha recorrido un accidentado camino hacia su consolidación. En este artículo se tipifican los rasgos que le brindan cohesión e identidad al archipiélago de tendencias que forman la izquierda de la región, así como sus principales experiencias, fallidas o exitosas, de gobierno. A pesar de haber adquirido independencia y madurez política, los partidos de izquierda que han llegado al poder continúan asediados por dos formidables adversarios: el populismo y el autoritarismo.

La izquierda en el mundo, seis características

El presente trabajo se propone examinar los principales ensayos de emancipación nacional y social realizados en América Latina a lo largo del siglo xx y en los años más recientes, con el fin de ubicar, definir y tipificar aquellos que puedan ser calificados de procesos de «izquierda» en conformidad con criterios internacionales.

El término de «izquierda» se originó en la Revolución francesa, cuando la Asamblea Nacional de 1789 sentó a la mano izquierda de la presidencia a los portavoces más radicales de la causa popular. Luego de la Revolución rusa de 1917

Demetrio Boersner: internacionalista venezolano; ha sido profesor de Historia de las Relaciones Internacionales de la Universidad Central de Venezuela; asesor del Ministerio de Relaciones Exteriores y embajador de su país en Rumania, Suecia y Austria.

Palabras clave: izquierda, revolución, internacionalismo, batllismo, América Latina.

se generalizó el uso de «izquierda» como sinónimo del conjunto de fuerzas y tendencias que, en la confrontación entre el capitalismo y el socialismo, muestran algún grado de simpatía hacia este último y, en todo caso, consideran a la extrema derecha como el peor enemigo de la humanidad. A lo largo del siglo xx, el término «izquierda» tendió mundialmente a englobar a anarquistas, comunistas, socialistas, socialdemócratas y social-liberales. Un ingrediente adicional lo vino a constituir, sobre todo desde fines de la Segunda Guerra Mundial: la izquierda cristiana¹.

Los rasgos que definen y caracterizan a la «izquierda» en el mundo parecen ser, por consenso general, los siguientes:

1. Una identificación con los intereses generales o «históricos» de las clases trabajadoras y populares, incluidas las capas medias de condición modesta, y la convicción de que la defensa de dichos intereses no debe hacerse por vía paternalista, sino mediante luchas y presiones organizadas de «los de abajo» contra «los de arriba» que, como grupo, no renunciarán voluntariamente a privilegios incompatibles con la equidad social.

2. La aceptación dialéctica de la democracia liberal o «burguesa» como etapa histórica en el avance humano que, no obstante su «agotamiento» o sus arcaísmos, ha creado valores de libertad, igualdad y solidaridad siempre válidos, y que deben ser defendidos a todo trance contra retrocesos autoritarios o fascistas.

3. La propuesta de ampliar la democracia del ámbito meramente político y formal al de las relaciones económicas, sociales y culturales, para que sean regidas por los intereses históricos de las mayorías. Con esa finalidad, se propone la modificación, o sustitución, de la economía de mercado capitalista, y el sometimiento del proceso de producción a mecanismos de control y planificación social manejados con criterios, no sólo de producción eficaz, sino también de equidad distributiva.

1. En ciertos sectores intelectuales, particularmente de América Latina, se reserva la calificación de «izquierda» únicamente para aquellas corrientes que se muestran bien dispuestas hacia los pasados modelos del llamado «socialismo real» y hacia la Revolución cubana, negándose esa calificación a los socialdemócratas y otros reformistas sociales, críticos o adversos al modelo bolchevique. Al «izquierdismo» y al «derechismo» lo median por la posición asumida ante las contingencias de la Guerra Fría, y hoy en día, por el mayor o menor grado de rechazo al unilateralismo de George W. Bush. El autor de este trabajo no acepta esta definición restrictiva de la izquierda, sino comparte el criterio amplio que se aplica tanto en Europa como en Norteamérica: en Francia la «izquierda» abarca desde los comunistas hasta los reformistas sociales vinculados a la pequeña burguesía (los antiguos «radicales» o «radical-socialistas»), y en EEUU el concepto cubre una amplia gama de matices, desde un social-liberalismo muy moderado hasta el más afiebrado maximalismo. En todo caso, nuestros seis puntos de referencia dan cabida a tendencias diversas, con discrepancias sobre definiciones y métodos.

4. El internacionalismo y la solidaridad entre pueblos en lucha por su emancipación nacional y social, el rechazo a la guerra y el armamentismo, una profunda fe en la igualdad y hermandad de etnias y culturas y en la posibilidad de una futura democracia universal.

5. El internacionalismo esencial de la izquierda no excluye, de ningún modo, el apoyo e incluso el liderazgo de movimientos de liberación nacional dirigidos contra casos específicos de dominación imperial o colonial, siempre que se evite toda actitud chovinista contra el pueblo de la potencia imperial a la que se combate, sino más bien se enfatice la conveniencia de buscar la amistad y comprensión de éste en contra de los factores de opresión. Los clásicos del socialismo inicialmente pensaban que el colonialismo y el «imperialismo liberal» tenían un contenido progresista porque destruían formas sociales arcaicas y, al globalizar la economía capitalista, preparaban la revolución obrera mundial. Sin embargo, a partir de las rebeliones anticoloniales de China, India e Irlanda entre 1855 y 1867, Marx y Engels entendieron la importancia del movimiento anticolonialista o de liberación nacional como indispensable fuerza auxiliar de la clase obrera de los centros industriales en la lucha contra el poder capitalista. Esa estrategia de alianza entre el socialismo y el nacionalismo antiimperialista fue desarrollada más adelante en todas sus dimensiones por Lenin y el movimiento comunista, así como por la socialdemocracia de inspiración tanto kautskiana como austromarxista. Los clásicos señalaron que, para llegar al pleno internacionalismo, hay que pasar por etapas nacional-liberadoras previas². Estas ideas siempre han sido claras para la mayor parte de la izquierda en América Latina, y el planteamiento «nacionalrevolucionario» forma parte esencial de sus programas de lucha en nuestra región.

6. Por último, un elemento importante en el desarrollo de la izquierda en escala mundial ha sido su necesidad y determinación de deslindarse de movimientos populistas autoritarios o bonapartistas y de denunciarlos y combatirlos. Desde Napoleón III hasta los fascismos del siglo xx y los militarismos populistas de América Latina, la izquierda lucha por impedir que las masas populares renuncien a su autodeterminación y a una acción movilizadora desde abajo, para seguir dócilmente al caudillo carismático³.

2. D. Boersner: *The Bolsheviks and the National and Colonial Question 1917-1928*, Droz, Ginebra, 1958, pp. 2-27.

3. D. Boersner: «Marx, Engels y la democracia» en *Libro-homenaje a Manuel García-Pelayo*, tomo II, UCV, Caracas, 1980, pp. 763-785.

En las páginas que siguen, se tratará de calificar a los diversos gobiernos latinoamericanos promotores de «cambio desde abajo», según su relativa aproximación a los criterios de izquierdismo arriba esbozados.

Social-liberalismo sureño y Revolución mexicana (1900-1930)

Los altos precios internacionales de sus productos de exportación estimularon una aceleración del desarrollo económico y social del Cono Sur a comienzos del siglo xx. Se fortalecieron las esperanzas populares de mayor democracia y bienestar, y se hicieron posibles nuevas iniciativas de reforma social. En Chile se incrementó la influencia de los partidos Radical y Socialista, y Arturo Alessandri, desde 1920 en adelante, presidió gobiernos democráticos social-liberales.

En Argentina, de 1900 a 1930, creció la influencia de la Unión Cívica Radical y, en menor grado, del Partido Socialista, de cuyo seno nació el Partido Comunista en 1920. Las presidencias reformistas de Hipólito Yrigoyen (1916-1922 y 1928-1930) conllevaron avances sociales, pero la crisis económica mundial de 1930 abrió el camino al retorno de la derecha al poder⁴.

En Uruguay se dieron pasos audaces hacia la izquierda social-liberal en las primeras décadas del siglo xx. El presidente José Batlle y Ordóñez (1903-1907 y 1911-1915) creó el sistema de previsión y seguridad social más completo y progresista del mundo de aquel entonces, además de otras reformas sociales, económicas y políticas importantes. Inspirado por ideas de izquierda democrática, el «batllismo» fue precursor histórico del «nuevo trato» rooseveltiano y de los esquemas socialdemócratas nórdicos⁵.

Estos avances del Cono Sur hacia una izquierda a la vez social y liberal fueron acompañados en el tiempo por el vasto proceso revolucionario mexicano que, por su dramatismo y su violencia, tuvo mayor impacto internacional que aquellos. Las estructuras socioeconómicas mexicanas de 1910 tuvieron un carácter más tradicionalista que las del Cono Sur en la misma época. Bajo el largo régimen de Porfirio Díaz, México había vivido un proceso de crecimiento económi-

En América Latina, el descontento popular y de clase media se ha manifestado en muchos casos a través de regímenes autoritarios populistas

4. Torcuato Di Tella: *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo xx*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 1999, pp. 64-75.

5. Julio María Sanguinetti: «Un pequeño grande» en *El País*, Madrid, 21/3/05.

co y de modernización parcial, pero la concentración de la riqueza en pocas manos, el predominio de intereses inversionistas foráneos, y la implacable represión dirigida contra reivindicaciones populares y democráticas causaron una incontenible ansia generalizada de cambio liberador.

El vasto proceso revolucionario, que aglutinó las aspiraciones de los trabajadores del campo y de la ciudad con las de las capas medias modernas, tuvo un carácter izquierdista inconfundible y radical, combinando en su ideología elementos de nacionalismo revolucionario, democratismo político y la aspiración, tendencialmente socialista, de subordinar la propiedad privada a las exigencias del interés común. De 1934 a 1940, bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas, la Revolución mexicana alcanzó su etapa más progresista e izquierdista, con radicales reformas internas y un pronunciado sentido de solidaridad internacional⁶.

Los populismos autoritarios, pseudo-izquierda ambigua

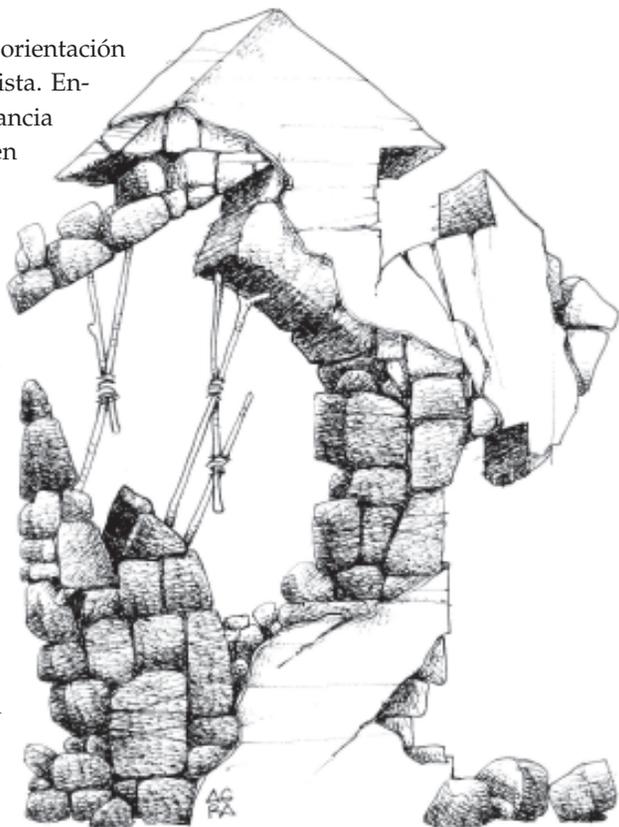
En América Latina, el descontento popular y de clase media se ha manifestado en muchos casos a través de regímenes autoritarios populistas. Una primera oleada de tales regímenes apareció antes de 1945 y estuvo influida ideológicamente, hasta cierto grado, por el fascismo europeo, en tanto que una segunda serie populista militar surgió a partir de 1968, con pretensiones ideológicas más bien «tercermundistas» y tendientes hacia un vago «socialismo». Entre esas fórmulas y las del izquierdismo democrático, se entabló una rivalidad que aún no ha terminado.

La Gran Depresión de 1930 puso fin al libre comercio internacional y alentó en todos los países, tanto industriales como agrarios, la adopción de políticas económicas nacionalistas y proteccionistas. También dio impulso al autoritarismo político: allá donde la democracia liberal se mostrara incapaz de contener la marea de las protestas sociales, el estamento militar llevaría al poder a un caudillo carismático, árbitro entre clases sociales, con capacidad de calmar las masas mediante promesas y gestos populistas, a la vez que dispuesto a la represión para salvar, en lo esencial, las jerarquías establecidas.

A partir de 1930, al lado de dictaduras militares oligárquicas y pro-norteamericanas como las de Rafael Leónidas Trujillo y Anastasio Somoza, surgieron

6. Alan Knight: *The Mexican Revolution*, 2 vols., Cambridge University Press, Cambridge, 1986; tb. Di Tella: ob. cit., pp. 37-44.

caudillismos latinoamericanos de orientación teóricamente popular y nacionalista. Entre estos tuvieron particular relevancia los regímenes de Getulio Vargas en Brasil, de Juan Domingo Perón en Argentina, y de Germán Busch y Gualberto Villarroel en Bolivia. Estos primeros populismos autoritarios desaparecieron del escenario político hacia 1955, cuando el comienzo de una distensión entre Washington y Moscú abrió espacios para la izquierda civil. Sin embargo, en 1968 se abrió una nueva etapa de populismos autoritarios, esta vez más próximos a fórmulas de izquierda, como los de Juan Velasco Alvarado en Perú y de Omar Torrijos en Panamá. Su ascenso se debió, en parte, a la combinación de expectativas radicales creadas por la Revolución cubana, con la decepción causada por gobiernos de centro-izquierda demasiado tímidos o claudicantes. Entre el comunismo y la socialdemocracia, se insertaría el populismo militar como tercera fórmula.



Vargas y su movimiento aparecieron en el convulsionado Brasil de los años 30, sacudido y golpeado por la depresión económica, como tercera fuerza entre el comunismo de Luiz Carlos Prestes y el fascismo «integralista» de Plinio Salgado. Invocando el ejemplo de Mussolini y del fascismo, Vargas creó un régimen de mano fuerte que se basaba en las aspiraciones obreras y campesinas por un lado, y en las de la burguesía industrial por el otro, contando también con el beneplácito de la derecha tradicional sedienta de «paz social». Sin embargo, su gobierno no fue fascista, ya que no impuso un corporativismo vertical, sino promovió desde el poder la formación de un movimiento sindical y de un «Partido Trabalhista Brasileiro». Al mismo tiempo favoreció la industrialización y creó una segunda agrupación política denominada Partido Social Democrático (PSD), representativo de la burguesía nacional desarrollista. El getulismo se

liberalizó a partir de 1950, y de su seno nacieron corrientes de izquierda, frenadas en buena parte por el carácter personalista que el régimen mantuvo hasta el suicidio del presidente Vargas en 1954⁷.

La evolución del movimiento justicialista de Juan Domingo Perón en Argentina presenta algunas similitudes pero también diferencias con el rumbo del getulismo brasileño. La crisis económica de 1930 llevó al poder en Argentina a una derecha liberal y probritánica que desatendió las angustias populares. En 1943 la sustituyó un régimen militar nacionalista y en parte profascista. En su seno se formó una corriente social-reformista, encabezada por el coronel Perón, quien fue elegido presidente en 1945, contra la oposición de Estados Unidos y los demócratas argentinos. Estableció un régimen autoritario que intentó una industrialización acelerada en detrimento del tradicional y lucrativo sector agropecuario, hasta el punto de desequilibrar y debilitar la economía argentina por un tiempo indefinido. Realizó reformas sociales apreciables y creó un vasto movimiento sindical oficialista. En lo internacional se proclamó líder de una tercera fuerza, alternativa al capitalismo norteamericano como al comunismo, y procuró extender su influencia hacia otros países sudamericanos. Soberbio y contradictorio, Perón terminó por estrellarse contra una coalición de conservadores con demócratas de centro-izquierda, y las Fuerzas Armadas lo derrocaron en 1955. Mientras ejercía el mando, no permitió que los sindicatos de la Confederación General del Trabajo actuasen en forma democrática e independiente, pero después de su caída del poder se formó una izquierda peronista basada principalmente en el sector laboral y el estudiantado de pensamiento revolucionario. El viejo caudillo se aprovechó del apoyo de estas fuerzas de izquierda peronista para volver al poder una vez más en 1973, pero más tarde las aplastó brutalmente y abrió la vía, luego de un infortunado interregno de su segunda esposa de 1974 a 1976, a la implantación de una dictadura militar de derecha que duraría siete años⁸.

De manera general, el saldo histórico del getulismo es ciertamente mejor que el peronista. Getulio Vargas evolucionó hacia la democracia de una manera sostenida aunque incompleta a partir de 1950, y dejó la herencia de un Brasil en vías de un dinámico y diversificado desarrollo económico. En cambio, Perón jamás dio señales de superación de su arrogancia caudillista y terminó su vida reprimiendo los brotes de democracia y de izquierda en el seno de su movimiento, a la vez que en lo económico dejó la herencia negativa arriba señalada.

7. Di Tella: ob. cit., pp. 86-95 y 136-141.

8. Alain Rouquié: *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, 2ª ed., 2 vols., Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

En Bolivia, antes y durante la Guerra del Chaco, instructores militares alemanes introdujeron en las FFAA del país ideas de tipo nazi, que sirvieron de base inicial al régimen militar populista de 1936 a 1939, dirigido por el capitán Germán Busch, nacionalista y social-reformista, apoyado por grupos civiles de izquierda, entre los que se destacaba el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Otro régimen boliviano del mismo tipo fue el del general Gualberto Villarroel (1943-1946). El tercero, más radical e izquierdizante, sería el del general Juan José Torres en 1970-1972. En los tres casos, el populismo militar boliviano se diferenció del getulista y del peronismo por una mayor participación civil de auténtico corte izquierdista⁹.

Simultáneamente con los regímenes populistas militares, en algunos países latinoamericanos se realizaron ensayos de izquierda democrática civil

Nuevos ejemplos de populismo militarista se presentaron después de 1968, probablemente por dos motivos. En primer término, el régimen cubano abandonó en ese año su fracasada estrategia de exportación de la revolución a otros países. Ello, a su vez, alentó al gobierno norteamericano de Richard Nixon a reducir la presencia de EEUU en América Latina y, en una suerte de «negligencia benévola», dejar que esa región construya su propio destino. Se abrió un espacio para experimentos latinoamericanos renovadores¹⁰.

En Perú, donde el estamento militar proviene principalmente de las capas medias y no carece de sensibilidad social, se fundó, poco antes de 1960, un Centro de Altos Estudios Militares, nacionalista y social-reformista, que formó a varias promociones de oficiales altamente preparados no solo en lo militar, sino también en ciencias sociales. Tomaron el poder por la fuerza de las armas en 1968 y establecieron un régimen militar que no torturó a nadie y realizó algunos cambios admirables (reforma agraria, nacionalizaciones estratégicas, dignificación del pueblo indígena, política exterior tercermundista), pero no logró superar su pecado original de autoritarismo vertical. Pese a la creación de Sinamos (Sistema Nacional de Movilización Social), el digno y bienintencionado general Juan Velasco Alvarado no transfirió poderes efectivos de la elite militar al pueblo. En parte por esa falta de participación popular verdadera, bastó un golpe

9. Uno de los mencionados instructores militares fue el capitán Ernst Roehm, futuro comandante de la División de Asalto (S.A.) del nacionalsocialismo alemán. Roehm, en concordancia con los hermanos Gregor y Otto Strasser, era partidario del «nazismo de izquierda», que proponía la expropiación de la banca y la gran industria, y la redistribución del ingreso. Por orden de Hitler, Roehm y G. Strasser fueron asesinados en la «noche de los cuchillos largos» de 1934.

10. D. Boersner: *Relaciones internacionales de América Latina, breve historia*, 5ª edición revisada y actualizada, Nueva Sociedad, Caracas, 1996, pp. 227-241.

de palacio en 1975 para que la «revolución» militar terminara. Por sus limitaciones elitescas, no creemos que se la pueda incluir en la lista de auténticos gobiernos de izquierda¹¹.

Análogo fue el trayecto político seguido entre 1968 y 1981 por Panamá, bajo la conducción del general Omar Torrijos a la cabeza de un régimen castrense de orientación nacionalista y social-reformista. Con una doctrina menos ambiciosa y menos coherente que la de los militares peruanos, Torrijos dirigió un régimen autoritario pero no tiránico. Logró realizar el gran sueño nacional de la recuperación del Canal Interoceánico, a través de una combinación de presiones y de acuerdos negociados con EEUU entre 1975 y 1977. En el plano social, promovió reformas a favor de los sectores de bajo ingreso. Su amigo, el notable escritor inglés Graham Greene, lo calificó de «socialista democrático»¹². Sin embargo, el régimen de Torrijos no parece haber reunido las seis condiciones que califican al izquierdismo: el caudillismo militar obstaculizaba la formación de un auténtico movimiento popular de abajo hacia arriba. Ello no impide que, posteriormente, el partido político fundado al amparo del torrijismo –el PRD– haya llegado a ser una respetada agrupación de izquierda democrática.

Los gobiernos de izquierda democrática a partir de 1930

Simultáneamente con los regímenes populistas militares, en algunos países latinoamericanos se realizaron ensayos de izquierda democrática civil. En Chile, la segunda presidencia de Arturo Alessandri tuvo carácter social-liberal entre 1932 y 1938, y fue seguida por el gobierno de Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda, quien acentuó la tendencia hacia la izquierda reformista¹³. Al terminar la Guerra del Chaco en 1936, en Paraguay ascendió al poder, de 1936 a 1937, un gobierno cívico-militar presidido por el mayor Rafael Franco, acompañado del Partido Revolucionario Febrerista, agrupación cuya ideología inicial fue una mezcla de ideas socialdemócratas con algunos ingredientes nazis. Expulsado del poder, el Febrerismo se convirtió en una fuerza de resistencia o de oposición a todos los regímenes paraguayos posteriores, y clarificó su doctrina en los términos nacional-revolucionarios y esencialmente socialdemócratas del modelo aprista¹⁴.

11. Juan Velasco Alvarado: *La Revolución peruana*, Eudeba, Buenos Aires, 1973; tb. Wolf Grabendorff: *Lateinamerika wohin? Informationen und Analysen*, DTV, Múnich, 1970, pp. 64-70.

12. Graham Greene: *Getting to Know the General*, Bodley Head, Londres, 1984.

13. Di Tella: ob. cit., p. 96.

14. *Ibid.*, p. 109.

En orden cronológico, el próximo gobierno de izquierda democrática fue el del Partido Revolucionario Guatemalteco (PRG) y su dirigente Juan José Arévalo, electo presidente en 1944, luego de un golpe cívico-militar que derrocó al dictador derechista Jorge Ubico. Arévalo logró establecer la democracia política y realizar reformas sociales importantes. Se deslindó de los comunistas e insistió ante EEUU en el carácter socialdemócrata, compatible con los valores occidentales de su revolución. Su sucesor, Jacobo Arbenz, electo en 1950, fue menos cauteloso, aceptando la colaboración de marxistas-leninistas en su gobierno, y poniendo en práctica la reforma agraria que afectaría, entre otros, a la poderosa United Fruit Company. La Guerra Fría ofreció la presunta justificación para la conocida operación de cerco diplomático e intervención armada de 1954, poniendo fin a un interesante ensayo de gobierno de izquierda democrática¹⁵.

En 1945, Venezuela fue el escenario de una importante experiencia de gobierno democrático de izquierda. Un movimiento cívico-militar llevó al poder al partido Acción Democrática, de la misma tendencia nacional-revolucionaria y socialdemócrata a la que pertenecían el Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), el Febrerismo y el PRG. Como aquellos, AD se definía como «un frente orgánico de capas sociales oprimidas» que abarca a la clase trabajadora, el campesinado y las capas medias. Rechazando tanto el comunismo como la fórmula «demo-liberal», AD afirmaba ser, en definitiva, un partido «democrático, popular, nacional-revolucionario, antiimperialista y antifeudal». (La denominación de «socialdemócrata» no es de su propia cosecha, sino que le fue endilgada originalmente, con intención peyorativa, por sus competidores y adversarios comunistas, para ser acogida por AD misma en la década de los 70, cuando ingresó a la Internacional Socialista.)

El gobierno del llamado Trienio Adecó (1945-1948), criticado tanto por conservadores y liberales como por los comunistas, cumplió tareas progresistas importantes. Estableció la democracia política plena, incorporó a las grandes masas a la participación política, alentó la formación de partidos y sindicatos, realizó grandes reformas en educación, salud pública, y seguridad social, implantó el sistema del 50%-50% para el reparto de la renta petrolera entre el Estado y las compañías concesionarias, y lanzó una política exterior de solidaridad con las democracias y ruptura con las dictaduras de derecha. En su conjunto, fue una actuación izquierdista¹⁶.

15. Juan José Arévalo: *Discursos en la presidencia (1945-1948)*, Presidencia, Guatemala, 1948; tb. Goldenberg: ob. cit., pp. 66-70; y Boersner, *Relaciones internacionales...*, pp. 190-194.

16. La evaluación histórica del Trienio Adecó ha dividido a los venezolanos hasta el día de hoy. Parte de la izquierda venezolana (el Partido Comunista en particular) condena el golpe cívico-militar de

En 1952 Bolivia sorprendentemente vivió una de las experiencias revolucionarias más radicales en la historia de Latinoamérica

En 1958, luego de un retroceso autoritario de derecha, Venezuela fue conducida por gobiernos democráticos socialdemócratas o demócrata-cristianos. Algunos adoptaron medidas que son de izquierda en términos de percepción internacional: fortalecimiento del sindicalismo, fuerte impulso a la educación pública a todos sus niveles, reforma agraria, impulso decisivo a la creación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), nacionalización de las industrias del petróleo y del mineral de hierro, destacada actuación en iniciativas de solidaridad de los países en desarrollo y de promoción de un «nuevo orden económico internacional», y otras más¹⁷.

En 1948, Costa Rica fue el escenario de un movimiento revolucionario autocalificado de socialdemócrata, dirigido por José Figueres. Luego de tomar el poder, Figueres efectuó reformas importantes que incluyeron el establecimiento de una democracia pluralista efectiva, la disolución y abolición del ejército y su reemplazo por una guardia civil, una moderada reforma agraria, y la nacionalización de la alta banca. Para evitar reacciones de EEUU contra el relativo radicalismo de esas medidas, Figueres extremó, en el ámbito político, sus pronunciamientos anticomunistas y de lealtad a la causa del Occidente en la Guerra Fría¹⁸.

En Bolivia, como ya se señaló, el régimen militar populista de Busch y el de Villarroel tuvieron como acompañante civil al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) que sostuvo una doctrina similar en sus aspectos esenciales a la de AD y del APRA. En 1952 –durante el apogeo de la Guerra Fría y la imposición en el resto de América Latina de regímenes de derecha «anticomunistas»–, Bolivia sorprendentemente vivió una de las experiencias revolucionarias más radicales en la historia de Latinoamérica. Provocados por un fraude electoral oficialista, los trabajadores mineros y los campesinos, conducidos por el MNR con apoyo del Partido Obrero Revolucionario (POR), trotskista, se alzaron en revolución violenta contra el Estado, el ejército y la oligarquía minera y latifun-

1945 por haber interrumpido una evolución gradual positiva hacia el civilismo y la democracia. Sin embargo, un número creciente de ex-comunistas, hoy ubicados en posiciones socialistas democráticas, ha llegado a compartir la posición de AD en el sentido de que aquel proceso, a pesar de los errores cometidos, tendió hacia un cambio progresista de las estructuras e hizo avanzar al país en el plano sociohistórico.

17. Cf. Ramón J. Velásquez y otros: *Venezuela moderna, medio siglo de historia 1926-1976*, Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1979.

18. John Patrick Dell: *Crisis in Costa Rica: the 1948 Revolution*, University of Texas Press, Austin, 1971; tb. Charles Ameringer: *Don Pepe: a Political Biography of José Figueres of Costa Rica*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1978.

distista. En combate abierto, derrotaron al ejército regular y lo disolvieron. El gobierno revolucionario del MNR, presidido por Víctor Paz Estenssoro, decretó la nacionalización de las minas de estaño y una reforma agraria que los campesinos ya estaban ejecutando por iniciativa propia. Sin embargo, a partir de este comienzo casi bolchevique, la Revolución boliviana en pocos años se moderó, ya que se vio obligada a acudir al crédito exterior y la asistencia técnica ofrecida por EEUU para salvar al país de una descapitalización catastrófica y suplir su escasez de cuadros técnicos y gerenciales. Pese a ello, los gobiernos de Paz Estenssoro y sus sucesores hasta 1964 sin duda merecen ser calificados de gobiernos de izquierda democrática en todo el sentido de estos términos¹⁹.

En la República Dominicana, la muerte de Trujillo y la caída de su régimen abrió las puertas en 1963 al ascenso democrático al poder de Juan Bosch y el Partido Revolucionario Dominicano (PRD). El estilo algo radical de este mandatario causó su derrocamiento en el mismo año. Décadas más tarde, el PRD volvió a gobernar al país, esta vez con cautela y moderación

Nadie pone en duda la calidad de «izquierda» del gobierno de Unidad Popular presidido por Salvador Allende en Chile, de 1970 a 1973. Fue el más ambicioso e importante esfuerzo de avanzar, en el marco de una democracia parlamentaria y pluralista, hacia transformaciones estructurales de carácter socialista democrático. Los motivos internos y externos del trágico fracaso de ese noble experimento son, y seguirán siendo, objeto de estudio y reflexión por parte de la izquierda mundial.

Por último, debe ser incluido en el heterogéneo conjunto de los gobiernos de izquierda democrática, el de los sandinistas en Nicaragua. No obstante la tentación marxista-leninista y dictatorial de sus líderes, el régimen se mantuvo dentro de los límites del pluralismo político y –por consejo del propio Fidel Castro– no trató de adoptar el sistema cubano. Además, se hizo miembro de la Internacional Socialista (socialdemócrata).

La izquierda revolucionaria en el poder

Al lado de la pseudo-izquierda populista militar y de la izquierda democrática con sus diversos matices, el régimen comunista cubano presidido por Fidel Castro ha marcado la historia de América Latina y del mundo y ha demostrado su capacidad de sobrevivir

19. Goldenberg: ob. cit., pp. 86-88.



***En América Latina
las presiones
a favor del rechazo
del modelo «imperial»
son particularmente
fuertes***

hasta bajo circunstancias altamente desfavorables. Sin embargo sus años de gloria han quedado atrás, su imagen se ha deteriorado, y sus propios integrantes están conscientes de que, probablemente, cuando desaparezca del escenario su actual dirigente máximo, Cuba deberá apartarse de las fórmulas marxistas-leninistas

y andar por uno de dos caminos nuevos: a) la restauración del capitalismo y de la hegemonía corporativa transnacional, junto con la del ala conservadora del exilio, o b) el lanzamiento, con el apoyo de las fuerzas internacionales progresistas, de un programa de transición del comunismo a una fórmula esencialmente socialdemócrata que, a la vez que acepte la restauración de la economía de mercado, preserve una buena parte de las conquistas sociales y la vigencia de un sector público al lado del privado en la gestión de la economía.

El régimen castrista sin duda ha dado un ejemplo positivo y digno de ser recordado, en la lucha contra la pobreza y la creación de una básica seguridad y equidad social, además de la abolición efectiva del desempleo, todo ello en el marco de una economía cerrada, de escasez y dirigida en forma centralista. Por el otro lado, el castrismo será recordado negativamente por su despotismo político, su persecución contra toda disidencia, sus depuraciones a ratos sanguinarias, y la imposición de un pensamiento único asfixiante en el dominio de la cultura, la comunicación social y la investigación científica. Seguramente, la izquierda crítica del futuro no aceptará como excusa para todo ello, el argumento del bloqueo gringo.

Más humano que Stalin o Mao, sin embargo Fidel no ha sido un conductor de trabajadores y pobres, alzados de abajo hacia arriba, sino un Bonaparte que, junto con su entorno burocrático y militar «capturó» la revolución y la sometió a la dictadura de una minoría con intereses propios. Sacudió al mundo, contribuyó poderosamente al despertar de Latinoamérica, pero no cumplió con las exigencias democráticas que son indispensables para que la izquierda viva, avance y convenza internacionalmente.

El siglo XXI: nueva izquierda democrática, nuevo populismo autoritario

El inicio del nuevo milenio trajo consigo el colapso del optimismo histórico que caracterizara en sus comienzos al consenso de Washington, con sus prédicas de liberalismo económico, globalización, democracia y derechos humanos. Los sucesos del 11 de septiembre de 2001 acabaron con el sentido de seguridad física de la humanidad entera, y en los meses y años siguientes fue aumentan-

do cada vez más el furor de las críticas, tanto populares como intelectuales, al paradigma de la globalización neoliberal.

En América Latina –el continente con la distribución del ingreso más desigual del mundo– las presiones a favor del rechazo del modelo «imperial», y del retorno a políticas de intervención del Estado en la economía con fines de equidad social, son particularmente fuertes. Como expresión de estos sentimientos, han sido elegidos para gobernar, partidos y hombres que representan una nueva versión actualizada de las ideas y programas de la izquierda democrática latinoamericana. «Lula» Da Silva y el Partido de los Trabajadores (PT) del Brasil, Néstor Kirchner a la cabeza de una corriente relativamente «luminosa» del archipiélago peronista, Ricardo Lagos en Chile, con su lento pero firme avance democrático y social-reformista, Tabaré Vázquez y el Frente Amplio de Uruguay, todos representan un izquierdismo inspirado en los ideales universales del socialismo democrático, alejado de deformaciones autoritarias o caudillistas, y consciente de que, en el actual sistema internacional unipolar, es indispensable avanzar en forma reformista y gradual, combinando las presiones sociales con la permanente disposición a negociar. Con esa forma de proceder, están alcanzando éxitos en el sentido de aliviar los padecimientos de sus propios pueblos, y de persuadir al coloso norteamericano de que sus esquemas hemisféricos no son aceptables en su versión original, sino que deben ser confrontados a una opinión concertada de los países de Latinoamérica²⁰.

Paralelamente a esta nueva izquierda democrática latinoamericana, han surgido nuevas corrientes populistas caudillistas, de radicalismo «izquierdista» extremo en sus pronunciamientos, pero de contradicciones fuertes en su «praxis», entre iniciativas social-transformadoras y otras de rancio corte neoliberal. A diferencia de las nuevas izquierdas democráticas, parece vislumbrar la relación Norte/Sur en términos de enfrentamiento hostil. Venezuela constituye, actualmente, el principal foco de esta corriente.

Los gobiernos de la nueva izquierda democrática tratan de incluir al gobierno venezolano en su consenso para una estrategia común de lucha reformista regional. A ratos chocan contra el verbo intempestivo y los gestos de impaciencia que emanan de Caracas. Solo el futuro dirá si esta vez será posible la alianza y la coincidencia entre la izquierda y el populismo, o si las dos fórmulas mantendrán diferencias irreconciliables.

20. Sobre el debate entre ALCA e integración regional latinoamericana, cf. D. Boersner: «¿Bloque hemisférico o equilibrio birregional? (América Latina ante el proyecto ALCA)», en *Nueva Economía* N^{os} 21-22, octubre de 2004, pp. 53-110.